

Verdad es, señores, que para así hacernos dignos de las misericordias del Señor, es preciso que seamos constantes, que perseveremos en su santo servicio, que no cesemos de amar á Dios, es decir, que en ningún tiempo pueda decirse que no amamos á nuestro Dios: de este modo es como con verdad podremos decir que cumplimos con el precepto que nos impuso Jesucristo, es á saber (1): que oremos con perseverancia y no desfallezcamos; siempre ora, quien siempre ama. En este sentido decía San Pablo á los tesalonicenses (2): vivid alegres: orad sin intermision: dad gracias á Dios por todo, porque esto es lo que quiere el Señor que todos hagais en nombre de Jesucristo: No apagueis el espíritu de Dios, esto es, no estorbeis el uso de sus dones y gracias. A los de Efeso les decía también (3): Haced en todo tiempo con espíritu y fervor continuas oraciones y plegarias; velando... con todo espíritu y orando por todos los santos ó fieles; y por mí también, á fin de que me conceda el saber desplegar mis labios para predicar con libertad, manifestando el misterio del Evangelio del cual soy embajador... Así, mis amados, encargaba el santo Apóstol que rogasen por él, ó hiciesen oracion: ¿No le observais en esto un modelo de humildad? Bien que, ¿cómo habia de prescindir de ser humilde, siendo discípulo de Jesucristo? Ninguno puede honrarse con este título sin que humilde sea. Si: humilde fué el santo Apóstol, oró con fé y perseverancia, y el Señor le comunicó sus gracias; como también á nosotros nos las dispensará, si contritos y humillados, con perseverancia y fé viva, pedimos al Eterno Padre sus auxilios en el nombre de su santísimo hijo Jesucristo. Hagámoslo así, amados míos, que bien patentes os son ya los beneficios que reportaremos si oramos con las disposiciones debidas. Amaremos á Dios continuamente, y continuamente nos amará él. Y contando con el amor de Dios ¿qué podremos temer? Nada absolutamente. Triunfaremos del mundo, del demonio y de la carne: daremos el último suspiro en gracia y entraremos en la mansion de los justos, que es la gloria. Amen.

(1) S. Luc., cap. 18, v. 1.

(2) Epist. prim., v. XVI y sigs.

(3) Cap. 6, vv. XVIII y XIX.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.

EVANGELIO DE SAN JUAN.

Cap. 6, v. I al XV inclusive.

El Evangelio de este dia dice: Pasó Jesus al otro lado del mar de Galilea, que es el de Tiberiades, y le seguia una multitud de gentes porque veian los milagros que hacia con los enfermos. Y se subió á un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca el dia de la Pascua, que es la gran fiesta de los judios. Habiendo, pues, alzado los ojos, y viendo que una multitud muy grande de pueblo venia á él, dijo á Felipe: ¿dónde compraremos panes para dar de comer á toda esta gente? Mas esto lo decía para probarle; pues que bien sabia él mismo lo que habia de hacer. Felipe le respondió: doscientos denarios de pan, no les alcanzan para tomar un bocado cada uno. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simon Pedro, le dijo: aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces; mas ¿de qué sirve esto para tanta gente? Pero Jesus dijo: haced sentar á esas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba. Se sentaron pues al pié de cinco mil hombres.

Jesus entonces tomó los panes; y despues de haber dado gracias á su Eterno Padre, los repartió por medio de sus discípulos, entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querian. Despues que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. Hicieronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesus habia hecho, decian aquellos hombres: este sin duda es el gran Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual, conociendo Jesus que habian de venir para llevársele por fuerza, y levantarle por rey, se huyó él solo otra vez al monte.